



MONA KASTEN



LA PRINCESA ENCAN- TADA

Serie Everfall 1

MONA KASTEN LA PRINCESA ENCAN- TADA

Serie Everfall 1

Traducción de María José Díez Pérez

EDICIÓN DELUXE

 Planeta

Título original: *Fallen Princess*

© 2023 by LYX in Bastei Lübbe AG

Rights negotiated through Ute Körner Literary Agent – www.uklitag.com

© por la traducción, María José Díez Pérez, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de los cantos ilustrados, Planeta Arte & Diseño

© imágenes de los cantos ilustrados, Pine Design y Lana Brow / Shutterstock

Primera edición: abril de 2025

ISBN: 978-84-08-30214-8

Depósito legal: B. 3.979-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Me encontraba mal. Para ser exactos, tenía el estómago como si me hubiese montado unas veinte veces en una montaña rusa con *looping*. Bajo las diez capas de maquillaje que me habían aplicado esa tarde seguro que parecía un queso fermentado que se había puesto verde, pero confiaba en que nadie se diese cuenta.

No estaba segura de a qué se debía. Al fin y al cabo, ese día solo tenía un papel que desempeñar y, por tanto, ningún motivo para estar tan nerviosa. Pero quizá la culpa de mi malestar la tuviera el vestido con los engorrosos cordones en la espalda. Claro que había empezado a encontrarme así el día anterior, de modo que esto último lo podía excluir.

Me pasé la mano por el bajo del vestido color malva, que desde la cadera caía en una falda de vuelo amplio, adornada con tul y gasa. A continuación me acerqué a la balaustrada junto a Violet, mi mejor amiga, y me apoyé en ella.

—Es impresionante, ¿no? —me preguntó Vi, y me obligué a sonreír. Tal vez pudiera reprimir las náuseas a base de fuerza de voluntad, y de esta tenía bastante.

Al igual que Violet, Beau y todos mis amigos, llevaba meses deseando que llegara esa tarde, y en cierto modo seguía sin poder creerme que de verdad fuese el momento. Si una semana antes el Baile de la Noche Estrellada aún parecía muy lejano, ahora yo estaba allí y sentía en todo el cuerpo la vibrante energía que flotaba en el aire.

Eché un vistazo al salón de baile, que estaba bañado por una luz dorada. Si normalmente ese espacio ya era con diferencia el más bonito de todo el Colegio, ese día parecía sencillamente mágico.

Los adornos dorados del techo resplandecían con la luz de las arañas de cristal y los cuadros con el marco dorado de los Tuatha dé Danann —nuestros antepasados— parecían hechizados. Bajo las arañas de cristal, en el reluciente suelo de madera, había numerosos grupos pequeños y grandes, y todas las conversaciones que se mantenían en voz baja llegaban hasta arriba, donde estábamos nosotras, como un murmullo monótono. Junto a la balaustrada y a lo largo de la ancha y sinuosa escalera había un sinfín de vasitos con velitas que emitían una luz suave.

La orquesta ya había empezado a tocar, y me concentré en la armonía que creaban los instrumentos de cuerda al sonar y en la voz, aterciopelada como el whisky, de la cantante. En cualquier otro caso, habría bajado corriendo la escalera con Violet para ir a la pista de baile y empezar a divertirme alegremente, pero ese día me lo impidió la indisposición que sentía. Temía que mi estómago no fuese a cooperar. Las manos me temblaban y las levanté de la barandilla para cerrarlas con fuerza y dejarlas caer a los lados. Cogí aire antes de alisarme el vestido otra vez.

Por mucho que me concentraba, la sensación de males-

tar persistía. Y era algo más que raro. Ni siquiera el año anterior me había sentido así de mal, y eso que en aquella ocasión iba a recibir la diadema. Entonces yo estaba en segundo año en el Colegio y, por consiguiente, tenía la misma edad que mi madre cuando la eligieron Miss Everfall. Esa tarde podría haberla decepcionado, ya que la presión había sido especialmente grande. Sin embargo, ese día no era ese el caso. No tenía nada que perder, y por eso no entendía por qué me corría un sudor frío por la nuca y las manos me temblaban como lo hacían.

Seguí observando el salón y me concentré en los asistentes al baile para distraerme y recomponerme antes de bajar. La ropa que lucía la mayoría de los alumnos era tan extravagante como la mía, con faldas de vuelo amplias y fluidas de distintos tejidos y bordados con filigrana que simbolizaban sinuosos zarcillos, animales o diferentes estaciones del año en honor de nuestros antepasados. Tul, gasa, seda, terciopelo y trajes a medida mirara hacia donde mirase. Casi tenía la sensación de haberme catapultado a otro siglo. A una época en la que tales eventos eran cotidianos. Era como si todos los alumnos del Colegio se hubiesen despojado de su aspecto real y ofreciesen una versión diferente, más refinada, de sí mismos. Me encantaban esas fiestas. Eso era lo que me recordaba una y otra vez mientras intentaba calmar mi acelerado pulso.

—¿Zoey? —me preguntó de nuevo Violet, arrancándome de mis pensamientos.

Me volví deprisa hacia ella.

—Tienes razón. Es impresionante.

Me devolvió la sonrisa y me ofreció el brazo para que me cogiera de él.

Violet y yo bajamos juntas la sinuosa escalera. Poníamos un pie delante del otro con cuidado, dando una patadita al vestido para no tropezar con él. Unos segundos después noté un cosquilleo en la nuca. Y, al ser consciente de que el cosquilleo iba en aumento con cada paso que daba, me percaté de que la persona a la que más deseaba ver me estaba mirando. Así que eché atrás los hombros un poco más e intenté bajar con la mayor elegancia posible.

Solo cuando llegamos al final de la escalera me atreví a levantar la vista. Al hacerlo, me quedé un segundo sin respiración. El corazón me dio un vuelco cuando la mirada de Beau se cruzó con la mía. En ella había algo oscuro que hizo que el pulso se me acelerase de nuevo, pero esa vez por motivos muy distintos.

Precisamente por eso había elegido el vestido que llevaba. Bueno, también porque, como actual Miss Everfall, debía ceder la diadema a la ganadora de este año y, por tanto, sería el centro de atención, pero incitar a Beau desde luego era otro motivo de peso. Al parecer, lo había conseguido.

Recorrió mi cuerpo con la mirada; primero mi pelo color miel, que llevaba recogido atrás en un laborioso moño flojo del que escapaban algunos mechones ondulados que enmarcaban mi rostro; después el escote con forma de corazón del vestido, ornamentado con un complejo dibujo de lentejuelas y bordados. Cuando su mirada siguió bajando y se volvió más oscura aún, un calor me subió a las mejillas. Daba la impresión de que preferiría verme sin el vestido, lo que hizo que me entraran unas ganas locas de saltar los últimos peldaños y abalanzarme sobre él. No obstante, hice un esfuerzo para seguir caminando como si nada y hacer gala de la prestancia que mi madre llevaba inculcán-

dome desde hacía diecisiete años como si me fuera la vida en ello.

«Una descendiente de Clíodhna lleva en la sangre la elegancia y la gracia, Zoey. La irradia desde el interior con todo lo que tiene y con todo lo que es.»

Aunque mi magia todavía no había despertado, según las personas de mi entorno solo era cuestión de tiempo que lo hiciese. Eso opinaba, sobre todo, mi madre, ya que estaba firmemente convencida de que, si me portaba como era debido, por fin me sería conferido el poder de mi linaje. Para los Tuatha dé Danann, Clíodhna era la diosa de la belleza y el amor. Decían que poseía poderes sanadores que canalizaba a través de su voz y sus manos. Clíodhna era dulce, pero increíblemente poderosa, y de una belleza tan seductora que todo el que se hallaba en su presencia quedaba hechizado. Como casi todos los descendientes de los Tuatha dé Danann, que tenían más de un don, los de Clíodhna podían desarrollar distintos poderes. En mi familia predominaba el poder de sanar, desde hacía siglos.

Si bien para entonces yo dudaba que mi magia fuese a despertar pronto, quería que mi familia se sintiera orgullosa. Algunos de nosotros cargábamos con un peso considerablemente mayor que otros. Esta también era otra cosa que mi madre me inculcaba siempre.

Haciendo un esfuerzo, conseguí dejar de pensar en ella para centrarme en mi novio. Beau conocía la presión a la que todo el mundo te sometía cuando pertenecías a una de las familias que integraban el Consejo de los Tuatha dé Danann, y ese era uno de los motivos por los que compartíamos un vínculo tan estrecho. Cada vez que nos veíamos,

cuando nos tocábamos, estaba presente esa confianza ancestral que teníamos el uno en el otro. Como sucedía ahora.

Sus ojos azules coincidieron con los míos y en su comisura se formaron unas pequeñas arrugas cuando me sonrió. Sentí que me desprendía de pronto de parte de la tensión. Beau estaba allí. Aunque me desmayase de los nervios o vomitara en el primer florero que viese, él estaba allí y me sostendría. Me permití repasarlo con la mirada como acababa de hacer él conmigo. Al igual que los demás invitados al Baile de la Noche Estrellada, iba de punta en blanco. Su traje negro a medida se amoldaba a una espalda que, gracias a los numerosos combates de entrenamiento y a su estrecha cintura, cada vez se veía más ancha; llevaba el cabello rubio oscuro engominado con desenfado hacia atrás, lo cual constituía un cambio radical con respecto a lo alborotado que lo tenía siempre, y se había afeitado. En realidad me gustaba la barbita de tres días en sus mejillas, pero así también estaba estupendo. Cuanto más lo miraba, más acalorada me sentía.

—Cuando terminéis de desnudaros con la mirada, estaría bien que empezáramos a mover el culo hacia la pista de baile. Ya va siendo hora —nos reprochó una voz justo al lado, y fruncí el ceño.

—Pues claro, Vi —repuso Beau, pero al mismo tiempo me pasó un brazo por la cintura para arrimarme a él.

Me encantó la seguridad con que lo hizo. Hacía un año aún no se habría atrevido. Había tardado algún tiempo en estar listo para comenzar una relación seria. Beau no quería poner en juego la amistad que nos unía desde que éramos pequeños, pero al final la chispa entre nosotros había ido en aumento. Desde aquella noche, poco antes de que

se celebrase el último baile, en la que nos besamos por primera vez, éramos inseparables.

—Genial, Maguire —contestó Violet, y se metió detrás de la oreja uno de sus mechones negros brillantes, lisos como la seda.

Iba cogida del brazo de su acompañante, un chico muy majo llamado Eoin, de último año, y nos miraba a nosotros y la pista de baile. En ella ya se encontraban las aspirantes a Miss Everfall del año pasado.

—¿Y tú qué dices, Zoey? —musitó Beau, y bajó la cabeza hasta que su boca me rozó la oreja. Se me erizó la piel de los brazos—. ¿Estás lista para hacer tu última gran aparición como portadora de la diadema?

Reprimí una sonrisa.

—A ti lo que te pasa es que te alegras de que a partir de ahora tenga más tiempo para estar contigo.

Como actual Miss Everfall, el año pasado uno de mis cometidos había sido convertirme en mentora de las nuevas aspirantes y ayudarlas y aconsejarlas en lo que necesitaran. Después de esta tarde ese papel pasaría a la nueva Miss Everfall, y aunque Violet y yo siguiéramos trabajando en el comité del certamen de belleza, a partir de ahora tendría bastante más tiempo libre. Un tiempo libre que Beau y yo queríamos aprovechar al máximo.

—Mientras has llevado la diadema te he compartido con mucho gusto con un grupo de chicas rabiosas de dieciséis años —musitó—, pero no puedo negar que me alegre de que a partir de ahora te vaya a tener un poco más para mí.

Asentí con la cabeza.

—Chapó por esa sinceridad, Maguire.

Él se separó un poco y me dedicó una sonrisa burlona.

—Tú y yo solos, Zoey. Imagínate todo lo que podemos hacer... —Su mirada comenzó de nuevo a deambular, pero antes de que pudiera excitarme más, le puse un dedo bajo el mentón y lo obligué a mirarme de nuevo a los ojos.

—Después de esta velada soy toda tuya. Y podremos hacer todo lo que quieras —susurré.

Su sonrisa se ensanchó y se volvió un poco más obscena, y en ese momento casi se me olvidaron las náuseas y el temblor de manos.

—¿Todo? —preguntó.

Asentí.

—Pero solo si ahora te centras.

Antes de que me diese cuenta, Beau me cogió la mano y tiró de mí con más brío que nunca hacia la pista de baile. Me reí y, al pasar, vi que Violet sacudía la cabeza, risueña. Me aferré a la cara de felicidad de mis amigos. Me concentré en ellos y no en la inquietud que sentía, que seguía presente en mi cabeza y con una voz baja pero obstinada me susurraba que algo no iba nada bien.

Desoírla fue un error.